

LIBRO PRIMERO. — EL INFIERNO

CAPÍTULO PRIMERO

EL NÚMERO 3.216

MI sueño ha sido siempre ser un hombre honrado!— dijo el Fetiche dirigiendo una ojeada a los celadores que, revólver en mano, se paseaban por entre las jaulas.

—¿Para qué?—preguntó el Bombarda, que estaba enfrascado en una conversación con Rouquin y que, sin embargo, se dignaba escuchar las palabras del Fetiche.

—¿Para qué? ¡Pues para poner una taberna!

—No todos pueden ser taberneros—dijo el Bombarda sentenciosamente—; ¡sería demasiado cómodo! Cada uno de nosotros se encuentra trazado el camino que ha de seguir al venir al mundo. De modo que tú, Fetiche, estabas, indudablemente, destinado a serrar maderos en Cayena. ¡Fatalitas!, como dice Bibi. Lo que está escrito, escrito está. *No podemos enmendar la plana a la Providencia.* A propósito de Bibi, ¿sabéis lo que dice Rouquin?

—Me tiene sin cuidado lo que dice Rouquin—replicó el Fetiche bajando la voz—; pero ya es hora de que hablemos formalmente. Vamos, ¿será hoy?, ¿será mañana?

Y en torno al Fetiche los demás bandidos repitieron en el mismo tono:

— ¡Tiene razón!... ¿Será hoy?; será mañana?

— ¡Punto en bocal—refunfuñó el Bombarda—; ¡será cuando Bibi quiera; pero punto en boca, maldita seal...

Y como un celador se deslizase solapadamente rozando los barrotes de la jaula, con las piernas abiertas para contrarrestar los balances, ¡que aquel día eran bastante violentos, repitió en alta voz:

— ¡Pero es que tú no has oído a Rouquin! ¡Se necesita ser bruto para hablar como un ministro! (un asno). ¡El señor se las da de escrupuloso! ¡Lo único que echa en cara a Bibi es el haber curioseado en la sepultura de la marquesal! ¡Dice que los cementerios son sagrados!

— ¡El señor nos va a hacer reventar de risa!—dijo tranquilamente el Fetiche, que estaba sentado en su petate—. ¡Los ricos no necesitan llevarse sus *tumbagas* al otro mundo!

— ¡Tú ves estas manos?—replicó Rouquin—; han hecho tantas víctimas como dedos tienen; pues bien, nunca hubieran hecho eso. ¡Me repugna!

— ¡Bibi lo hizo porque quiso! Si no estuviera en el *cepo*, te callarías la boca.

— ¡De fijo!

— ¡Pregúntale al Kanak si hacía dengues en el anfiteatro!

Rouquin movió, terco, la cabeza. ¡Que Bibi hubiera hecho cuanto se le hubiera antojado: timar, robar, y, vamos, hasta apiolar al Fiscal y a toda la curia, y despanzurrar a las gentes!... ¡Pero aquello!... ¡por aquello no pasaba!, ¡trae mala suerte! Y le sacaban a relucir al Kanak, un mocetón pálido,

al que condenaron a diez años de presidio por no querer decir lo que había hecho de las túrdigas de carne que acababa de cortar a uno de sus clientes, *vivo aún*, y retenido por fuerza en su casa y amarrado a un sillón de gutapercha... Pues bien, el Kanak trabajaba en «su oficio». ¡Carne muerta o carne viva, todos los matasanos andan con ella y no se asustan! Y volviéndose hacia el Kanak, añadió Rouquin con repugnante sonrisa:

— ¡Hacen de ella lo que quieren, y por algo llaman a éste el *Kanak*!

Ante esta alusión brutal a una antropofagia muy conocida entre los indígenas de la «Nueva» (1), el Kanak, que era amarillo, tornóse verde. El otro continuó, volviendo a su tema:

— ¡Os lo digo yo! ¡Bibi no había nacido para eso! ¡Podía hacer cosas más provechosas! ¡Ha sido una falta de delicadeza!

— ¡Bibi es un gigante, y nosotros somos unos gallinas!—exclamó el Kanak con desprecio, volviéndole la espalda.

— ¡Es verdad! ¡Robaba a los muertos—dijo el Fetiche—; pero era *para los pobres*!

— ¡Perfectamente!—insistió Rouquin—; pero esas cosas desacreditan a la corporación. Tampoco contribuirán al progreso de la sociedad. ¡Ni en Karl Marx, ni en Kropotkin he leído nunca que deba hacerse eso!

Rouquin no había leído absolutamente nada. Pero jamás desperdiciaba la ocasión de citar estos nombres prestigiosos, cogidos al vuelo en las reuniones públicas, y pertene-

(1) Nueva Caledonia.

cientes a personajes importantes que compartían sus opiniones sobre la mala organización de la sociedad.

—¡Bibi ha hecho de todo en la vida! — replicó nuevamente el Fetiche—. ¡Hasta comenzar la carrera por ser víctima de su inocencia! — El Fetiche solía expresarse en términos escogidos con el achaque de haber sido escribiente de un procurador. Le llamaban el Fetiche, porque panzudo como un tonel, rechoncho, patiocorto, con el cuello embutido entre los hombros, y las manos siempre cruzadas sobre el vientre, parecía uno de esos idolillos asiáticos que se ven en las tiendas de antigüedades. Continuó—: ¡Sí, inocente!; por lo menos, él así lo dice, y yo cito su ejemplo en el libro que estoy escribiendo sobre la *Reforma de la Magistratura*! ¡Ah, los tíos canallas!

Y el Fetiche suspiró pensando en la cadena perpetua a que acababan de condenarle por haber dado, «en una crisis nerviosa»—según afirmaba aquel linfático—, diez y ocho puñaladas a una anciana algo avara que le había negado las llaves de su caja de caudales.

—¡Es lo que pasa en este mundo!—gimió Rouquin—. Con nada que haga uno, me lo encierran en presidio. Yo he apiolado a cinco, palabra de honor, ni uno más, ni uno menos; pues bien: al sexto, al que en mi vida vi, es al que debéis el placer de mi compañía. Os lo digo como lo pienso: jamás he cometido un asesinato inútil; siempre he tenido conciencia. Yo soy un miserable, es verdad; un ladrón, es verdad; un asesino, también es verdad; ¡pero esto no es una razón para que condenen a un inocente!

—¡Eso es todo lo que la sociedad hará por tí!— declaró sentenciosamente el Fetiche.

—Mientras que Bibi siempre ha hecho algo por la sociedad—interrumpió el Bombarda, que seguía con inquietud todos los movimientos de los celadores—: ¿Visteis cómo le escupió en la cara al comandante? Ese es otro de los que me tienen harto con sus alardes de compasión. ¿Os acordáis cómo le decía a Bibi: «¿No necesita usted nada, Bibi? ¿No está usted enfermo, Bibi?» ¡Y zas! ¡Bibi le largó un salvazo en la jeta! ¡Y que hizo muy bien! ¡Nosotros no necesitamos que nadie nos compadezca; lo que queremos es justicia!

—¿Será hoy?, ¿será mañana?—murmuraron nuevamente algunas voces roncadas, en el fondo de las jaulas.

El Bombarda continuó en voz más alta, para ahogar los rumores:

—Si el comandante contemplaba tanto a Bibi, era porque tenía «canguelo», como lo tenían los jurados, que no se atrevieron a condenarle a muerte por temor a las represalias; ¡todo el mundo tiene canguelo en tratándose de Bibi!

Al oír estas palabras, los hombres que estaban recostados en el fondo de las jaulas sobre los petates, y las hamacas arrolladas con arreglo a la ordenanza, se irguieron, y un murmullo prudente y rítmico, pero que poco a poco fué tomando cuerpo, comenzó a escucharse en el entrepuente:

«¿Quién es el alma del motín?

¿Por quién *trabaja* la parlanchina? (1)

¿Quién es el coco de París?

¡Bibi!

(1) La dinamita.

¡La República es una farsa!
 ¿Quién, quién arrastró con todo
 desde el Bosque hasta Pantín?
 ¡Bibi! ¡Bibi!»

Callaron ante los puñetazos y los rugidos del Bombarda, que gritaba con su voz de trueno:

—¡Veintidós! (1). ¡Ahí están los *vigis!*

—¡*Sonsil, ¡sonsil!* (silencio)—ordenó inmediatamente el Africano, célebre por haber derramado plomo derretido en el oído de su querida.

Acudieron los vigilantes. Estaban furiosos. Rechinaron las llaves en las cerraduras. Gracias a la luz difusa que ta-cañamente filtraban los tragaluces enrejados, percibíase a través de los barrotes a los vigilantes, que, revólver en mano, rodeaban a los portadores de las gamellas.

—¡Firmes!

La jaula en que se encontraban el Bombarda, el Fetiche, Rouquin y el Kanak era la primera de la batería superior, hacia la roda del *Bayardo*, antiguo barco de guerra convertido en transporte y destinado recientemente a conducir a Cayena, desde que el *Loira* no servía para el caso, a los presidiarios y deportados de la isla de Ré.

Por esta jaula comenzó la distribución del rancho. A la voz de ¡firmes! levantáronse de un salto los ciento cincuenta bandidos encerrados en la jaula, hombres de rostros trágicos, pálidos unos, verdosos otros, de mejillas chupadas y ojos centelleantes, con la cabeza y la cara rasuradas, y uni-

(1) Señal de alarma.

formados todos con el mismo gorro cuadrado, blusa y pantalón de un burdo tejido azulado y recios zapatonos amarillos. Al brazo, el brazal con el número, porque para el Estado ya no tienen nombres. Y se ponen en fila, empujándose unos a otros al ver al segundo de a bordo, que es terrible y envía a un hombre al calabozo o lo mete en el cepo por la menor cosa... Los vigilantes le imitan, insultan y pegan con la culata del *cachorrillo*, siempre pronto a dispararse, como si le ahogasen las balas que obstruyen su boca, como si necesitase verse libre de la pólvora y el «fuego» que en su interior encierra. Murmura un poco la chusma ante el embate de los vigilantes.

Los vigilantes entran en las jaulas como el domador en las de las bestias feroces. Preparado el revólver, tendido el cuello hacia las fieras, *estudian las miradas*, para leer en ellas el rencor, la rebeldía, la rabia impotente, y ver desvanecerse todo esto ante el cañón de acero. ¡Firmes! A los que no se apresuran a ocupar su puesto, ante sus petates numerados, los talones juntos, las manos en las costuras de los pantalones, los maltratan, los zarandean brutalmente.

M. de Vilène, teniente de navío, el segundo del *Bayardo*, tiene unos ojillos de mirar penetrante, para los cuales no pasa nada inadvertido. Una hamaca mal enrollada, un balde que no está en su sitio, una de aquellas bestias que se encoge de hombros... ¡todo lo ve!... No se le caen estas dos palabras de la boca: ¡al calabozo! ¡Ah, de ser él el comandante, hubiera saltado la tapa de los sesos a Bibi, y nadie hubiera vuelto a oír hablar del monstruo, y el comandante y él no tendrían que vigilar a un hombre que ya se había escapado una vez de presidio, dos de un depósito

y tres de una prisión central, y para quien las puertas parecían haber sido hechas exclusivamente para abrirse y las rejas para sostener la cuerda o las sábanas libertadoras! ¡Ah, qué a gusto se hubieran encontrado libres de semejante comisión! ¡Vivían ambos atormentados por el temor de dejar suelta nuevamente por el mundo a aquella bestia feroz!

¡En fin, Bibi estaba en el cepo! ¡Algo es algo! ¡Y para toda la travesía! Vilène se lo había hecho jurar al comandante Barrachón, que no podía olvidar el grosero insulto que le habían inferido, a él, tan cortés siempre con los penados, y que profesaba teorías humanitarias. «¡Esto le servirá a usted de escarmiento!», le había dicho Vilène.

El teniente de navío entró en la jaula, furioso, detrás de los celadores y seguido del inspector, que también había acudido al oír la insólita algarabía del entrepuente.

—¡Si os dejasen sin rancho! ¡Ya sabéis que está prohibido cantar!—dijo el inspector.

—¡El que quiera ir a reunirse a la cala con el 3.216, que lo diga!—gritó M. de Vilène—. ¡Dos días de calabozo al cabo de escuadra por no haber recogido la hamaca de Bibi!

El cabo era precisamente el Africano, el cual se disponía a hacerse cargo de las tres gamellas que correspondían a su jaula para la comida de sus trescientos cincuenta hombres, y a colocar las *fuentes* en la red que pendía del techo. Al anuncio del castigo que se le imponía, exclamó, lo mismo que un colegial:

—¡Atiza!

—¡Cuatro días!

Calló. M. de Vilène no le quitaba ojo.

M. de Vilène no comprendía que un hombre que había derramado plomo derretido en el oído de su querida pudiera contestar «¡atiza!», u otra cosa por el estilo, a un teniente de navío. ¡Aquello le sacaba de quicio! Ante su cólera enmudecía la jaula entera. En torno suyo los presidiarios ni respiraban. Era que los castigos sufridos durante la travesía influían de un modo terrible en la vida que habían de llevar en Cayena.

—¡Cantáis! ¡Estáis alegres!—prosiguió el teniente—. ¡Será porque al marcharse el 3.216 os habéis quedado más anchos!

Era exacto que por la ausencia de Bibi había más sitio en aquella jaula, en la que estaban como sardinas en bodega.

Al mismo tiempo que Bibi habían bajado al calabozo dos celadores que no se separaban un momento de él, porque, como es natural, le hacían objeto de una vigilancia especial. En primer lugar, en el corredor en que estaba su jaula había doble número de vigilantes, y dentro de su misma jaula dos celadores que ni de día ni de noche le perdían de vista. Al final del corredor, en las escotillas, en lo alto de todas las escalas que conducían a las jaulas del entrepuente, había soldados prontos a disparar a la menor señal de alarma.

El segundo, como si olfatease alguna sorpresa, alguna jugartera preparada en las tinieblas de aquel rincón del infierno, recorría la jaula, empujaba los petates con el pie. Abrió uno al azar. Sabía perfectamente que, después del registro *total* de los penados en el momento de zarpar,

no *podía* encontrar dentro más que los objetos reglamentarios; pero a pesar de todo, lo registró, porque con aquellos demonios era imposible estar tranquilo ni seguro de nada... Como no viera nada de particular en el petate, la pagó con el suelo, que encontró mal fregado.

—¿Quién ha baldeado esto?—gritó, y volviéndose hacia su escolta, dijo:

—De hoy en adelante el baldeo de las jaulas lo hará una cuadrilla destinada a ello. El encargado de la cuadrilla que esté de servicio deberá cerciorarse, *después de la limpieza*, de que está bien hecha, y se lo comunicará al inspector, que informará de ello al oficial de guardia.

Luego, girando sobre los talones, se encontró de nuevo cara a los penados.

—Y vosotros, escuchadme bien: los hombres que estén de servicio, y lo estarán durante veinticuatro horas, no podrán acompañar a los demás a su paseo cotidiano de media hora por el puente, sino hasta después de haber terminado su tarea. ¡Para esto, además de los lampazos, que no mojáis bastante, os entregarán cepillos! Quiero que nuestras jaulas estén tan limpias como la cámara del comandante. ¡Ya lo oí! ¿Has entendido, tú, Africano? ¿Has entendido, cabo?

—El comandante ha dicho... —murmuró con voz ahogada el Africano.

—¡El comandante, aquí le tienes!

Y el segundo le plantó su revólver a dos dedos de la cara.

Los vigilantes sentían un júbilo enorme. ¡Ah, lo que es el teniente no se andaba con chiquitas! Pero a uno de ellos

se le ocurrió reirse demasiado fuerte, por su desgracia. El segundo le propinó cuatro horas de calabozo, ¡para que aprendiera a tener formalidad en los actos del servicio! Entonces les tocó la vez a los bandidos; uno de ellos gritó en la oscuridad: «¡bravo!»

Al oír este apóstrofe de aprobación, M. de Vilène, que decididamente tenía mal carácter, mandó que se llevaran una de las tres gamellas (*fuentes*) destinadas a la jaula. ¡Así! ¡A ración! De ese modo aprenderían a dar su opinión cuando nadie les preguntaba nada.

Salió en medio de un silencio aterrador.

Ya lejos los vigilantes, ya cerradas las puertas, comenzó el rechinar de dientes y el castañetear de mandíbulas. ¡Otra vez condenados a pasar hambre! Y el grupo de bestias feroces rodeó al Bombarda.

—¿Será hoy?, ¿será mañana?

—¡Será cuando Bibi quiera!

A causa de los balances, las *fuentes* (las dos gamellas) estaban colgadas de la *red*. El cabo hizo avanzar a las dos primeras cuadrillas, compuestas de diez individuos, que, rodeando cada gamella, comenzaron a comer la bazofia inmundada de que estaban llenas. Los *cabos de fuente* vigilaban el ir y venir de las cucharas que se hundían en aquella especie de papilla a base de cola, en la que acababan de pudrirse cachos de zanahorias, de nabos y de calabaza, o más bien detritus de todo esto acompañados de piltrafas que, gracias a una solidez a toda prueba, conservaban su forma y su identidad, que nada podía hacerles perder. Aquel día, por estar a ración, con una gamella debían saciar su hambre setenta y cinco penados, en lugar de cin-

cuenta. Afortunadamente, algunos, indispuestos por efecto de los balances, permanecieron tumbados en los rincones, junto a los baldes, y se negaron a acudir al llamamiento. Alargando la jeta hacia las gamellas, como los cerdos hacia la artesa, los presidiarios comían. Comían renegando del segundo, de los vigilantes, de los *vigis*, como ellos seguían llamándoles, a pesar de que, en realidad, tenían el título de *vigilantes militares*.

Estos vigilantes no cesaban de pasar y repasar por delante de las jaulas, entre juramentos, amenazas y crueles burlas. Por un instante oyóse un estruendo espantoso en una jaula lejana y un alarido de dolor. Los presidiarios que estaban comiendo, ni siquiera levantaron la cabeza. Sabían lo que era. Algún penado que al salir del calabozo y volver al cubil no se había dado mucha prisa por entrar. Y le habrían pillado los dedos con la puerta.

¡Era una diversión para los *vigis* aplastarles los dedos! ¡Ah, perros *vigis*! ¡El día que cogiesen a uno por su cuenta! ¿Será hoy?, ¿será mañana? ¡Será cuando Bibi quiera!... ¡Pero que se dé prisa!...

Las cuadrillas suceden a las cuadrillas en torno a las *fuentes*. Los que ya no comen ven comer a los demás. Dejan a cada uno su parte. Son justos. Y se vuelven a su rincón restregándose suavemente la boca del estómago.

Aumentan los balances. Hay resbalones, empujones, gritos, porque se pisan unos a otros los pies. Un imbécil se agarra a la gamella y ésta comienza a *bailar* como una lancha sorprendida por el temporal. La paran demasiado bruscamente. ¡Un clamoreo! ¡Las piltrafas han desaparecido! Esto viene de perilla a los que ya no tienen que acercarse

para nada a la *fente*. Se empujan, se arrojan sobre aquella papilla repugnante, que el suelo embebe.

¡Maldito tiempo! Los petates se precipitan unos sobre otros... y se oye el ruido producido por los objetos que ruedan de acá para allá en el entrepuente. Un *vigi* cae boca abajo, entre las jaulas, y su revólver se dispara; todos ríen, como saben reír los penados. La bala no ha matado ni herido a nadie.

—¡Hubiera dado cualquiera cosa por haber quitado de en medio a alguno!— refunfuña el *vigi*, levantándose.

En una jaula un presidiario protesta porque pretende que el agua que le dan es agua salada. Y la marejada aumenta... La mar azota los costados del barco, y el choque de las olas contra la roda produce detonaciones semejantes a las de una batería de cañones de a 12.

Ya nadie se entiende en la jaula del Bombarda, excepto *los que escuchan*, y los que en aquel momento están comiendo *en la red* con el Bombarda son todo oídos. Rouquin, el Kanak, el Fetiche y hasta el Africano, por escuchar, se olvidan de saborear la sopa. Pero fingen ocuparse únicamente en satisfacer su glotonería.

—¡No os desesperéis!— bisbiseó el Bombarda—. Como decía nuestro párroco, la hora se acerca... Por algo ha hecho Bibi que le envíen al cepo. Si escupió al *capi* en la jeta, fué porque le convino. Tiene un plan, ¡y es soberbio!

—¡Ah! ¿Pero cómo se las arreglará ahora, estando en el cepo?— preguntó quedamente el Fetiche—. Yo no sé hacer nada sin él. ¡Sólo en él tengo confianza!...

—¡Eso es cuenta suya! ¡Ya sabe él lo que se trae entre manos!... No había medio de entenderse mientras los *vigis*

que le custodian estuviesen en la jaula, y por eso se las compuso de modo que tuvieran que meterle en el cepo. ¿Comprendéis ahora? ¡Ya podemos hablar!

—A mí me encierran mañana en el calabozo—dijo el Africano—; conque date prisa, para que sepa yo a qué atenerme... ¿Es verdad que están todos de acuerdo para sublevarse?

—¡Sí!—afirmó el Bombarda, inclinando la cabeza.

—¿Están todos de acuerdo para apoderarse del barco?

—¡Sí!

—¿La batería baja está conforme?

—La batería baja, lo mismo que la batería alta.

—¿Y no se *chivará* nadie?

—¡No; no hay soplones! Todos estamos de acuerdo y vamos con el corazón en la mano. ¡Nos haremos matar si es preciso! ¡Vencer o morir!

—Pero una vez que seamos los amos, ¿qué haremos?

—¡Ah; toma, eso ya nos lo dirá Bibi! Según parece, podremos convertirnos en corsarios. ¡Podremos hacer lo que se nos antoje, vamos; como seremos los amos... y será nuestro todo lo que hay en la despensa, y todo el cargamento, y el barco, y el dinero del Gobierno!

—¡Seremos los reyes del Océano! ¡Ay de aquellos que caigan en nuestras manos!—anunció el Fetiche—. ¡Pero qué mal tiempo (afectaba el lenguaje de las personas bien educadas); qué bandazos; que me pisas, Bombarda; cuidado que estamos estrechos aquí! Cualquiera creería encontrarse en el *boulevard* el 14 de Julio.

Y tarareó, rebañando la fuente:

Y en París, repleto de sorches...

—¡Canta, canta!—ordenó el Bombarda—. ¡Ahí está el *vigil* Que no crea que hablamos.

El Fetiche, limpiándose los labios con la manga de su blusa, continuó:

Y en París, repleto de *sorches*,

¿Dónde me pondré?

Siempre habrá un millón de pezuñas
que pisen mi pie.

Se alejó el celador. El Bombarda dijo:

—Lo que muy bien puede suceder es que vayamos a Caracas, en donde hay una revolución. Ofreceremos nuestros servicios al ejército revolucionario, y malo será que no lleguemos a formar parte del Gobierno.

—¡Muy buena idea!—aprobó el Fetiche—. Tú serás ministro de Justicia, y yo ministro de Instrucción pública. Verás cómo educo al pueblo. ¡*Ya no harán falta asesinos!*

—Y ahora, que ya habéis dicho bastantes tonterías—dijo el Kanak, que nunca se reía—, ¿podrías explicarme, Bombarda, cómo sin un arma, encerrados en jaulas y rodeados de guardias y de soldados, siempre dispuestos a precipitarse sobre nosotros, vamos a poder apoderarnos del *Ba-yardo*?

—¡Oye, eres demasiado curioso!—declaró Rouquin.

—¡Es verdad, el señor se pierde de vista!—corroboró el Bombarda—. ¡A Bibi no le gusta eso! Os digo que tiene su plan.

—Y yo os digo que sin armas no podemos hacer nada. Soy de la opinión del Kanak—declaró el Africano.

—¿Y quién os dice que no tendremos armas?

—¿De dónde las sacarás?

—¿No las hay a bordo?

—Sí; pero no son para nosotros...

—El plan es muy sencillo—acabó por decir el Bombarda, ya impaciente, y acercándose aún más a sus compañeros de mesa, añadió—: *tendremos armas...* todas las que necesitamos para hacernos dueños del entrepuente. Lo demás vendrá luego. ¿Comprendéis? Tendremos armas, cuchillos, pistolas, de todo... Llegado el momento, la primera vez que abran la jaula nos arrojaremos sobre los *vigís*, sobre el vigilante general, sobre el inspector, sobre el segundo, en fin, sobre los que entren, y les daremos lo suyo. ¡Y abrimos las demás jaulas antes de que arriba se enteren de lo que sucedel

—¡Pero los centinelas tirarán, acudirán los soldados, los marinerós!... ¡Y seremos nosotros los que saldremos perdiendo!

—¡Qué listo eres!—dijo el Bombarda con desprecio—. De fijo que alguno de nosotros la *diñará!* Más de uno se ganará un balazo; pero el que algo quiere... ¿No es eso? El caso es no atortolarse y andar listos. ¡Somos a bordo ochocientos hombres, y *tendremos armas!*... Correremos a las escotillas, y los centinelas serán los que espicharán. Y después, en las escotillas y en los corredores, haremos barricadas con los petates, con todo lo que encontremos en las bodegas. ¡Os digo que se armará un cipizape de mil demonios! ¡Nos batiremos como en los tiempos de la revolución, vamos! ¡Tanto peor para los gallinas! ¡Yo prefiero reventar así, a pasarme la vida serrando maderos en Cayenal...

Un murmullo de asentimiento acogió las últimas pala-

bras del orador. Sin embargo, el Kanak no parecía completamente convencido. *Aquel hombre que se dedicaba a cortar tûrdigas de carne humana* era un científico. Desconfiaba del entusiasmo del Bombarda, temperamento espontáneo y poco reflexivo. A pesar de ello, comprendía que Bibi le hubiese elegido para confidente, porque el Bombarda, por su fuerza hercúlea, por su ferocidad y sus hazañas, ejercía una influencia real sobre la chusma, con la cual Bibi rara vez alternaba, bien porque fuese poco amigo de hablar, bien porque quisiera conservar las distancias, como todo soberano que se respeta.

Y además, Bibi estaba seguro de que no le haría traición, y de que no vacilaría en castigar al mal hermano que, después de conocer sus proyectos, no los encontrase admirables.

—La prueba de que tendremos armas en cuanto Bibi quiera — declaró el Bombarda levántándose (movimiento seguido por los ojos de todos los presidiarios, fijos desde hacía un instante en el grupo, en medio del cual peroraba el lugarteniente de Bibi)—la prueba de que tendremos armas es que hoy *ha querido* que *echemos una ronda* a su salud. ¡Ya estamos hartos de agual! ¡Vamos, tu Rouquin, registra tu petatel!

Rouquin obedeció, y estuvo a punto de morirse de estupor al sentir bajo sus dedos el frío simpático del cristal de una botella que atrajo hacía así, temblando. Todos le miraban, a excepción del inocente (siempre hay un inocente, por lo menos, en cada jaula, que no quiere enterarse de nada de lo que pasa, y al que los demás penados dejan representar en paz su papel de babiaca, porque, general-

mente, su desesperación no le permite comer y cede su ración de buen grado), a excepción, pues, del inocente y del Bombarda, que se había acercado a la reja para vigilar a los celadores, todos tenían los ojos fijos en él, hasta los enfermos, que se incorporaban para ver, para comprender... ¿Era aquello posible?... ¡Una botella!... ¡Toda una señora botella! Una de esas botellas que no veían desde hacía tanto tiempo, porque no les estaba permitido comprar licores en la *cantina*, como los *deportados*, que tenían dinero y disfrutaban, por consiguiente, de todos los placeres que con él puede procurarse un hombre. ¡Todos se pusieron de pie, a pesar de los balances, a pesar de las arfadas, a pesar del mareol... Apoyándose unos en otros, trémulas las manos, los ojos fuera de las órbitas, *miraban la botella*.

Rouquin, que tenía miedo de dejarla caer, tanto era lo que temblaba, la estrechaba entre sus brazos, contra su pecho, y, al fin, se dispuso a destaparla, con los ojos cerrados, las narices palpitantes, con expresión de éxtasis. Era ron. ¡Iban a poder echarse *un trago*! Sólo esta idea abrasaba ya las gargantas. ¡No tener derecho a otra cosa que a recibir puntapiés, como si fuesen animales, y a pasar hambre, y encontrarse de repente con aquel! ¡Una botella de ron! ¡Qué milagro y qué misterio! ¡Era Bibi quien lo había dispuesto! Sólo él podía hacer una cosa semejante. Sólo él hubiese podido explicar lo inexplicable, sólo él hubiese podido decir cómo aquella botella prodigiosa había podido ir a parar a la jaula, a pesar de aquella terrible vigilancia de todos los instantes, a pesar de los continuos registros. El que había hecho llegar a sus manos aquella botella de ron, haría llegar también las armas. ¡Era evidente! Ya no

era posible dudar. Y todas aquellas fieras contemplaban la botella ávidamente.

—Fortuna que el *segr* (el segundo) no miró el petate de Rouquin—dijo el Fetiche.

—Eso prueba que Pateta nos protege—observó el Bombarda—. ¡Vaya un traguito! ¡Habrás para todos!

Y sacó a su vez de su petate una botella de ron de cuatro litros, en el momento en que todos comprendían que se iban a matar unos a otros por la botella de Rouquin, insuficiente para toda aquella caterva. Y aquello fué como un arrebató de locura silenciosa y sombría. Bebían, chasqueaban la lengua, jadeaban de felicidad y abrían las fauces, abrasadas por el alcohol. Los que aún no habían bebido, esperaban, tendidas las manos hacia adelante, crispados los dedos, con gruñidos de impaciencia y agitado el pecho por un jadear angustioso.

El Bombarda mantenía el orden, y cuando pasaban los *vigis* hacía desaparecer las botellas. Si alguna vez el repugnante beso al gollete se prolongaba demasiado, voces amenazadoras gritaban: «¡basta, basta!», y el bebedor, llameantes los ojos, devolvía la botella. Cuando se acabó el ron, quedaron primero en silencio, en una especie de postración, en la que todos se abstraieron en idénticos pensamientos, y luego, de repente, una misma manifestación de gratitud brotó de todos los pechos, y con voz ronca entonaron el himno:

¡La República es una farsa!
¿Quién, quién arrambló con todo
desde el Bosque hasta Pantín?

¡Bibil ¡Bibil

Los pasos precipitados de la guardia; la vista de los revólveres, con que les apuntaban a través de los barrotes; la presencia del comandante y del segundo, que acudieron con un pelotón de soldados... todo esto fué necesario para hacerles callar. La jaula, ya en silencio, fué condenada a estar tres días a pan y agua. Un *vigi* descubrió las botellas vacías. M. de Vilène palideció de cólera.

—¿Quién os ha hecho este regalo?

¡Silencio!

—¿Quién os ha hecho este regalo?

Y los bandidos respondieron a coro:

—¡Bibil! ¡Bibil!

Viendo su excitación, debida sin duda al alcohol, porque ya habían perdido la costumbre de beberlo, el comandante, que en lo posible quería evitarse disgustos, ordenó la retirada.

—Abrirá usted una información—le dijo al segundo, cuando ambos estuvieron en el corredor—, y si son culpables los vigilantes, castíguelos severamente. ¡Botellas en las jaulas! ¡Pero una botella es un arma! ¡Oh, es preciso saber!... ¡Es una cosa incomprensible!...

—¡Completamente! Pero lo que es verdaderamente incomprensible, mi comandante—replicó el segundo—, es que el jurado no haya condenado a muerte a todos estos bandidos. Si los viera como nosotros los estamos viendo, es posible que lamentara su debilidad... ¡mejor dicho, su cobardía!... ¡Cuando pienso que no se atrevieron a tocar a Bibil!

—Sí, es abominable.

Lo sucedido en el último proceso de Bibi era, efectiva-

mente, *abominable*. En primer lugar, algunos de los jurados que vieron salir sus nombres de la urna y que, a pesar de todos sus esfuerzos, no fueron recusados, se desmayaron sin más ni más, y hubo que darles fricciones para hacerles recobrar el sentimiento de sus deberes sociales. Después exigieron del presidente de la Audiencia que al terminar las sesiones les acompañasen hasta su casa algunos agentes, y que la policía siguiese velando en lo sucesivo por la seguridad de sus personas, y por último admitieron la existencia de *circunstancias atenuantes* y apreciaron en Bibi una *responsabilidad relativa*, salvando de este modo su cabeza. El proceso, por lo demás, fué dirigido con notable benevolencia por un presidente cortés, que parecía pedir perdón al acusado por la libertad que al juzgarle se tomaba. Para apreciar mejor el estado de ánimo del Tribunal del Sena en aquella época, tal vez sea necesario recordar que la misma mañana del día en que se vió la causa, el edificio en que se hallaba la taberna donde servía el mozo que había denunciado y entregado a su parroquiano Bibi, voló por los aires como un manojito de cohetes: estruendosa advertencia que todos los señores jurados comprendieron.

—Vamos a verle—dijo el comandante, quien, mientras bajaba la escala que conducía a la batería inferior, confesó—: ¡Ese Bibi no me deja dormir!

Cruzaron la batería inferior por entre las jaulas. Arriba aún se veía algo, gracias a las lumbreras; pero en el segundo entrepuente todo era oscuridad, interrumpida a veces por los resplandores lívidos o rojizos lanzados por los faros, que el temporal zarandeaba. Sólo brillaba el hierro de las rejas, tras de las cuales aparecían rostros de demonios-

surgidos de las tinieblas; repugnantes caras de pesadilla, que miraban pasar a los *vigis*, revólver en mano. Los dos jefes pasaron de largo y abandonaron el segundo entrepuente, para bajar al tercero. A medida que se internaban en aquel infierno flotante, hacíanse más densas las tinieblas. Había sitios en los que era preciso andar a tientas, apoyándose en los tabiques de madera, tras de los cuales oíanse lamentos o maldiciones. Llegaron al corredor de los calabozos, siempre vigilado militarmente. Al final del pasadizo, en el fondo de aquel antro de dolor, un vigilante les abrió una puerta y entraron seguidos de un marinero, con un farol en la mano. Dos *cabos de vara*, celadores que los presidiarios consideraban inferiores a los *vigis*, se pusieron de pie en el dintel del calabozo y saludaron militarmente.

Había un bulto acurrucado en lo más oscuro.

Los dos jefes contemplaron algunos instantes a aquel hombre, que no se movía. ¿Estaba muerto? ¿Estaba vivo? El comandante, un hombretón muy impresionable, resolvió cerciorarse de ello.

—¿No le da a usted vergüenza, Bibi—le dijo—, de haber escupido a la cara a su comandante?

Del bulto, siempre inmóvil, salió una voz, una voz ronca, que dijo:

—¡Ha hecho usted mal en tomarlo como un insulto personal!

El excelente comandante Barrachón, que sólo deseaba vivir tranquilo, y a quien por una jugarreta de la suerte le había correspondido la misión de conducir a su destino semejante cargamento de monstruos, se quedó perplejo al oír la réplica de Bibi: «¡Ha hecho usted mal en tomarlo como

un insulto personal!» Sí, fué tan grande su emoción, que tuvo que apoyarse en el tabique. ¡Aquello era demasiado! Indudablemente, Bibi se burlaba de él. La poca energía de que aún le permitía disponer al excelente comandante Barrachón su afán de poner en práctica para con sus subordinados sus teorías sociales y humanitarias, pareció despertar. Pensó que decididamente hacía bien M. de Vilène en tratar a aquellos bandidos como fieras, que nada tenían ya de común con la humanidad. Y lo que los crímenes, el pasado y la aureola de sangre de Bibi no pudieron conseguir—hacerle olvidar que un hombre, por muy degradado que esté, pertenece siempre a la familia humana—, lo consiguió una broma en un segundo. En aquel momento aborrecía a todos aquellos miserables, y no se perdonaba el haber creído por un solo instante que con buenos tratos lograría *amansarlos*, inclinarlos hacia el bien. ¡Cómo; no había desperdiciado una ocasión, desde el principio de la travesía, de demostrar a Bibi que su corazón no era insensible a las desgracias de sus semejantes, dulcificando un tanto la severidad del inflexible reglamento, para hacer más llevadera la vida a los penados; mejorando su alimentación ordinaria, ocupándose concienzudamente de su estado sanitario, llegando hasta a permitirles, de cuando en cuando, dar un paseito por cubierta con el solo fin de que no se muriesen asfixiados en el entrepuente, y le recompensaban de aquella manera! ¡Le escupían a la cara y le rogaban que no lo tomase como un insulto personal! ¡Sí, sí! ¡Vilène tenía razón; así aprendería... así aprendería!... En lo sucesivo sería terrible; y comenzó:

—¡Bibi, es usted un loco!...

El hombre acurrucado en la oscuridad dijo burlonamente:

—¡Crea usted que fué como si hubiera escupido a *la faz de la sociedad!* ¡Ello no tiene nada de *personalmente* ofensivo para usted, *mi comandante!*

¡Ah, aquella voz ronca, aquella voz aguardentosa, aquella voz siniestra, aquella manera de decir *mi comandante!*... ¿Cómo era posible tener piedad de semejantes miserables? ¡Con tal de que no se escapase! ¡Sería capaz de todo, de todo! Bibi había demostrado ya que lo era; pero al expresarse de esta suerte al comandante Barrachón, quería decir que sería capaz de todo contra el propio comandante Barrachón; esto es, que le proporcionaría todos los disgustos que forzosamente traería consigo semejante acontecimiento, sin contar con las fechorías que seguramente cometería a bordo. Un hombre a quien no le asustaba la idea de volar el Palacio de Justicia, no tendría, ciertamente, ningún inconveniente en saltarle la tapa de los sesos al comandante Barrachón en cuanto le encontrase en un corredor, una vez recobrada la libertad, y siempre que llevase, claro está, un revólver en la mano. Este último pensamiento obligó al comandante a inclinarse, exponiéndose a recibir un nuevo ultraje, sobre el hombre acurrucado en la oscuridad. Quería ver con sus propios ojos (jamás está uno mejor servido que por sí mismo) si el hombre y el cepo estaban como debían estar y los candados perfectamente cerrados.

En el fondo, el excelente Barrachón había pensado siempre lo siguiente: «Al ver que me intereso por su triste suerte y que no soy *una fiera con galones*, Bibi no querrá seguramente darme el disgusto de escaparse.» Pues bien;

se había equivocado. Bibi era capaz de dar aquel disgusto al comandante Barrachón. ¡Tanto peor para él! ¡Seguiría en el cepo hasta el fin de la travesía! Y se lo anunció.

—¡Mejor que mejor!—gritó el otro—. ¡Le prefiero a usted así; me repugna usted menos!

—¡Acerca el farol!—ordenó el comandante al marinero. Y examinó minuciosamente el cepo llamado *barra de castigo*.

Es un largo barrote de treinta milímetros de diámetro, con argollas para mantener los pies cruzados y las manos también, en caso de necesidad (a Bibi había sido *preciso* sujetarle las manos). Una vez ocupadas las argollas por los miembros, las introducen en el barrote y las hacen deslizarse hasta el sitio en que deben estar. Luego cierran el extremo de este barrote por medio de un enorme candado que hace las veces de clavija. El otro extremo termina en una bola de hierro, destinada a evitar que se salgan las argollas.

El excelente Barrachón comprobó que barrote y argollas estaban en su sitio y las manos de Bibi también. El farol sólo iluminaba la parte inferior del hombre acurrucado en la sombra, del cual se oía únicamente la sibilante respiración, sin vérsese la cabeza. El comandante cogió el farol de manos del marinero y no se cuidó de alumbrar aquella cabeza, *¡porque la cabeza de Bibi le daba siempre miedo!* Las manos, los pies encadenados, podía verlos; pero la cabeza, la horrible cabeza que le había escupido, ¡no, no!... ¡No podía volverla a ver! Se estremecía sólo al pensar en la expresión terrible que debía tener la cara de Bibi después del anuncio de que «permanecería en el cepo durante toda la

travesía», porque en realidad era como si le hubiesen anunciado la muerte.

Corrió el farol hasta el otro extremo del barrote para ver si estaba bien cerrado el candado, aquel magnífico, aquel macizo, aquel sólido, aquel excelente candado, cuya llave, cuya única llave guardaba el comandante en el bolsillo.

Y Barrachón se irguió lanzando un suspiro. ¡Estaba más tranquilo después de haberlo visto!

—¡Siempre he lamentado—dijo al teniente Vilène—que estos instrumentos, que recuerdan la vergonzosa Inquisición y la sombría Edad Media, se usen todavía en nuestra marina para castigar la más leve infracción del reglamento y la más insignificante falta de disciplina. Pero ya no lamentamos que dispongamos de estos postreros vestigios de la barbarie, gracias a los cuales podemos reducir a la impotencia a semejantes bandidos!

—¡Nariçes!—gritó la voz en la oscuridad.

—Es el crimen personificado—continuó Barrachón exasperado—. El crimen con todo su cinismo y en todo su horror. ¡Algo que no tiene nombre!

—¡Sí, puesto que me llamo Bibi!—chilló la voz en la oscuridad.

—¡Este miserable no respeta nada! Tal vez tenga padres que llorarán sus crímenes, pero los ha olvidado, como ha olvidado esos mismos crímenes.

—¡Tengo la memoria tan débil!...—replicó la voz—. ¡He abusado demasiado de los placeres!...

—¡Vámonos!—exclamó el comandante—. ¡Le mataría y me lo estaría echando en cara toda mi vida!

—Y yo estaría felicitando a usted mientras durase la mía—dijo M. de Vilène.

El comandante se volvió hacia los dos hombres, que no se separaban un instante de Bibi, y les anunció:

—He dado orden de que releven la guardia de hora en hora. Así será el servicio menos penoso. Ya saben ustedes la consigna: no hablar, no responder nunca al 3.216.

En aquel momento oyóse en la oscuridad un siniestro sollozo. Era tan horrible y tan angustioso, que los dos oficiales se conmovieron. El comandante no pudo contenerse.

Levantó el farol a la altura de la cabeza de aquel sér que había llorado, y los cinco hombres, los oficiales, los dos celadores y el marinero, retrocedieron con espanto. ¡Tenían delante al *Hombre que se ríe!* Los que vieron aquello no debían olvidar jamás la espantosa visión, aquella sonrisa siniestra bajo la rojiza claridad del farol, aquella mueca monstruosa del hombre que los insultaba con su sonrisa dilatada de oreja a oreja porque habían creído en su llanto y, por un instante, habían tenido piedad de su dolor. El comandante dejó escapar su farol, que se apagó al romperse, y el rostro siniestro desapareció de nuevo en las tinieblas. Barrachón, ahogándose, tambaleándose, empujó la puerta del calabozo y se precipitó al corredor.

—¡Se ríe!—murmuró el excelente hombre estremeciéndose—. ¡Este monstruo debía estarse riendo mientras cortaba a *la criadita* en diez y siete pedazos!

Aún no estaba cerrada la puerta. ¡El otro le oyó! Y la voz aguardentosa atajó en su fuga a Barrachón.

—¡Hace usted mal en creer que el suceso no me hizo

efecto! ¡Aquella misma noche *tuve que tomar un baño de pies con mostaza!*

Barrachón y Vilène se dejaron caer con todo su peso contra la puerta para no oír más.

Subieron la escala del Infierno, en tanto que en torno suyo, sobre sus cabezas, a sus pies, comenzaba de nuevo el griterío. Cuando no tenían delante a un jefe, a un superior, era imposible hacerles callar. De jaula a jaula, de calabozo a calabozo, de la batería superior a la batería inferior, cruzábanse cantares soeces, insultos, maldiciones, retos y palabras obscenas.

Pero el comandante y el segundo no pensaban más que en Bibi. La presencia de éste entre los bandidos, aun estando como estaba encerrado en un calabozo, parecía enloquecerlos.

—¡Afortunadamente para todos— dijo Vilène—, *reventará* antes de terminar la travesía!

—¿Por qué? — preguntó Barrachón, deteniéndose al ir a poner el pie en los últimos peldaños de la escala que conducía al segundo entrepuente—. ¿Por qué se ha de morir?

—No podrá resistir el cepo todo ese tiempo. Ya tiene ensangrentados los pies y las manos.

—¡Demonio, demonio! — reflexionó en alta voz el comandante—. ¡Ahí tiene usted un «caso de conciencia»!

—¿Va usted a andarse con escrúpulos de conciencia tratándose de esta gente? ¡*Hay que tener más valor que los jurados*, mi comandante, y se acabó! ¡Escuche usted!

En el buque resonaba lúgubrememente el canto de los presidiarios.

—¡Imposible hacer carrera de esta canalla!— prosiguió el

teniente—. ¡Ah, *si quisieran!* ¡Con una buena sangría les meteríamos en cintura!

El comandante no tuvo tiempo de responder. Un cor-pachón blanco le cayó entre las piernas, se agarró a él al paso, le hizo dar un ligero traspiés, siguió deslizándose rápidamente por la escala «panza arriba», y hubiese rodado hasta la sentina a no haberlo impedido el teniente. Los dos oficiales reconocieron al pinche, al *cocinero de equipaje*, que decididamente era un mal marino. Desde el instante en que comenzó la travesía, los balances y las arfadas le traían a mal traer. El infeliz no podía tenerse en pie. Por este motivo era la diversión de los vigilantes y los marineros, que le llamaban «el Soponcios». Se levantó disculpándose.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó el comandante.

—¡Ya lo ve usted, mi comandante— respondió con la débil vocecilla de una niña que teme ser reprendida—; estaba recogiendo *mis fuentes!*

En efecto; le seguían dos hombres con las gamellas de los penados.

Se aferró a la cuerda de la escala, y añadió:

—Sabrá usted, mi comandante, que «el jefe» ha rendido sus cuentas en la despensa ante el inspector. ¡No falta ni una botella de ron!

Al decir esto, un balance más violento le hizo soltar la cuerda, y continuó su camino resbalando sobre la espalda hasta la batería inferior.

—¡Esto es incomprendible!—suspiró el comandante.

—¡Oh, yo le juro a usted que lo habré puesto todo en claro antes de que anochezca!—exclamó Vilène—. Esas botellas se las habrán vendido los soldados.

Al anuncio, hecho militarmente, del regreso de los dos oficiales a la batería inferior, cesaron los cantos, para comenzar nuevamente en cuanto el comandante y el segundo hubieron pasado.

Luego le tocó a la batería superior acallar momentáneamente sus clamores.

—¡Aquí están el *capi* y el *seg*!

El aviso corrió de jaula en jaula. Los dos oficiales se detuvieron un instante ante la jaula de *los hacendistas*. Esta jaula se llamaba así, no porque hubieran reservado un departamento especial a los banqueros, sino porque en ella, confundidos con los elementos ordinarios del vulgar bandolerismo, predominaban los profesionales de la quiebra fraudulenta y de la estafa, complicada con el abuso de confianza. Unos y otros, por lo demás, estaban vestidos del mismo modo. No hubiera sido posible distinguir de los *choris* al estafador de la buena sociedad, al notario que había sido en otro tiempo el orgullo del distrito, al banquero poco escrupuloso que había asombrado a la población con su lujo, ni a todos aquellos caballeretes jactanciosos que, ante los jueces o los jurados, causarían la admiración de las muchachas impresionables. Humildes, abatidos, vencidos por la promiscuidad del crimen de blusa o de guante blanco, no llamaban ya la atención por nada, excepto el Trompo, que de cuando en cuando, y en el momento en que menos se esperaba, prorrumpía en una risita aguda y seca, tremante como el silbido de un pito de carretilla, que tenía el don de enfurecer a los vigilantes.

Los oficiales pasaron después a otro departamento, a la jaula de mujeres, en donde iban unas cuarenta infelices,

que al ver al comandante empezaron a lamentarse y a gemir de una manera que partía el alma.

—¿Acabaréis de *jipar*?—refunfuñó una de ellas, cuyo rostro pálido, de fulgurantes ojos negros, asomó por entre los barrotes de la jaula.

¡Ah, la *Condesa* no lloriqueaba! Siempre ardiendo en ira, siempre rebelde, no cesaba de dar vueltas por la jaula como una hiena furiosa, apartando a puntapiés cuanto dificultaba su paseo circular. Las demás la temían, porque era muy cruel y mordía. Era extrañamente, fatalmente bella. Le habían puesto de mote la *Condesa*, por el empaque de gran señora con que entró en la jaula.

Y luego, un día, empezó de repente a hablar en el lenguaje especial de la gente maleante, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida, y acabó por dominarlas con increíble cinismo. La *Condesa* era la amiga del Kanak y había sido condenada, al mismo tiempo que este médico singular, por cosas de que ni aun el mismo acusador privado se atrevió a hablar.

En una palabra: se sospechaba que ambos comían carne humana.

Barrachón y Vilène se detuvieron ante aquel animal de presa aferrado a los barrotes.

—¿Qué es lo que quieres, *capi*? ¿Quieres que te afeite?

E inmediatamente el comandante lanzó un grito de dolor, porque la *Condesa*, alargando bruscamente la zarpa, le hincó las uñas en la barbilla.

—¡Ya le cogí, ya le cogí!

Fué necesario que el segundo le asestara un golpe con la culata de su revólver para que soltase su presa. Se echó

hacia atrás, aullando, como la bestia brava vencida por los chuzos de los domadores, en las casas de fieras.

El segundo dió órdenes para que fuese llevada al calabozo en el acto.

—¡Oh!—suspiró el comandante—. Huyamos... ¡Subamos pronto a ver la luz del sol!... ¡Dejemos «estos lugares malditos»!

M. de Vilène le siguió, encogiéndose de hombros. La pusilanimidad del comandante y su manera de expresarse, un tanto afectada, tenían la virtud de exasperarle. El excelente Barrachón había llegado al límite de su valor y de su repugnancia.

Se deslizó por entre las últimas jaulas como si huyese, y lanzó un suspiro de satisfacción al llegar a cubierta, en tanto que a sus pies los condenados entonaban nuevamente sus lúgubres cánticos.

—¿Pero por qué cantarán de esa manera? ¡Nunca hemos oído cosa semejante!—dijo a Vilène—. ¡Algo sucede que nosotros ignoramos!

—¡La chusma ha sido siempre muy aficionada a cantar!—respondió Vilène, con glacial sonrisa—. ¿Sabe usted, mi comandante, cuál es el origen de la palabra *chusma*? La palabra *chusma* viene de la italiana *ciurma*, derivada de la griega *keleusma*, y quiere decir: *el canto de los remeros*. ¿Hay en el mundo algo más dulce que *el canto de los remeros*?

El comandante huyó. Se encerró en su camarote. Atormentábanle los más siniestros presentimientos. Lo que particularmente le preocupaba era el misterio de las botellas de ron halladas en poder de los presidiarios. Afortunada-

mente, disponía de una considerable fuerza armada. ¿Pero hasta aquel instante había hecho el suficiente uso de aquella fuerza? ¿No habría engendrado poco a poco su debilidad el estado de rebeldía en que se hallaba aquel pasaje excepcional? Si se hubiese atrevido a dejar *intervenir a las armas* una o dos veces, usando de su perfecto derecho, *no cantarían ya en las jaulas*. Pero inmediatamente se preguntó: «Después de todo, ¿por qué impedirles cantar, por qué?» Y demasiado sabía que no era esto lo que le preocupaba, sino otra cosa; otra cosa oculta en el fondo de todo esto, en lo más hondo del buque, y lo que tanto le preocupaba era Bibi, ni más ni menos. Se lo había confesado a su segundo: «Aquel hombre no le dejaba dormir.» Reflexionaba de esta suerte, cuando empujaron brutalmente la puerta y apareció M. de Vilène, pálido como un muerto.

—¿Qué hay?—preguntó el comandante con voz insegura, porque estaba persuadido de que el teniente iba a comunicarle una gran desgracia.

—¡Que el número 3.216 se ha escapado!—contestó rápidamente M. de Vilène.

—¿Bibi?

—Sí. Bibi no está ya en su calabozo.

El comandante Barrachón giró sobre sí mismo y se desplomó en el sofá.

—¡Pero si no es posible!—exclamó el comandante estremeciéndose—. ¿Y los celadores?

—Los dos celadores han muerto. Al ir a relevarlos los han encontrado estrangulados detrás de la puerta del calabozo. ¡El candado del cepo sigue cerrado, y Bibi ha desaparecido!

30429